

hoy no lo vemos como ayer lo veíamos. Nos dirigimos á todos los que marchan con su época, á todos los que están al nivel de las ideas y aspiraciones generales, á todos los que participan de la vida de su pueblo: ¿pintarían hoy á Bruto, á Fiesco, á Tell como lo hubieran pintado nuestros autores del siglo xvi, siglo en que el sentimiento monárquico estaba profundamente arraigado en el corazón de Europa? ¿Apreciarían hoy bajo el mismo punto de vista religioso las tiernas y sublimes escenas transmitidas por los evangelistas? Hoy que la religión va cediendo el paso á la ciencia, hoy que las creencias han sido disipadas por el soplo de la filosofía, hoy que elevándonos á los mas altos principios de justicia, buscamos la razón de existencia de todas nuestras instituciones, y no vacilamos en llevar el hacha sobre las mas sagradas si no las hallamos legitimadas en su origen; hoy que, rompiendo toda barrera levantada por la tiranía y la ignorancia, tomamos á Dios por padre, la humanidad por hermana y la tierra entera por patria; hoy que, dispuestos á sacudir todo yugo, queremos que solo en la voluntad individual de las sociedades tengan su fuerza los poderes públicos; hoy que mas ó menos corremos todos hácia una igualdad que ayer mirábamos aun como una utopía; hoy que nos rebelamos contra toda autoridad y creemos que solo en nuestro *yo* existe la fuente de toda certidumbre y todo derecho; hoy que suspiramos tan ardientemente por una síntesis que venga á armonizar todos los antagonismos que nos han empeñado hasta ahora en una triste é incesante lucha; hoy que el orden de nuestras ideas está completamente intervertido; lo preguntamos de buena fe, con toda la sinceridad de que es capaz nuestra alma, ¿podemos juzgar hoy á Jesucristo y su doctrina como los juzgaron el fanatismo en el siglo xi, la filosofía escolástica en el xii, la reforma en el xvi, el ateísmo en el xviii, el escepticismo á principios del xix, el indiferentismo durante los primeros años de la revolución que ha constitucionalizado á nuestros reyes? Hasta aquí habia sido considerado como un reformador en el orden puramente religioso; hoy le consideramos como un reformador en el orden religioso y en el orden social: los cantos que hoy le dediquemos ¿no han de llevar naturalmente otro espíritu que el que hasta aquí llevaron?

SAN JUAN DE LA CRUZ no fué ni pudo ser, hablando en rigor, el eco de su siglo, porque estuvo constantemente apartado del mundo y no respiró sino el ambiente de su orden del Cármen, ya bajo el cielo del desierto, ya bajo las silenciosas bóvedas del claustro; mas fué eco de su propia individualidad, de una individualidad marcada y poderosa, y fué, como ninguno, poeta. Para él la vida de relación era su misteriosa unión con Dios: cantó esta unión, y se encumbró sin esfuerzo á las regiones mas elevadas y sublimes. No tuvo que recurrir para ello á la literatura griega ni á la literatura latina ni á la literatura italiana; no tuvo que recurrir mas que á sí mismo. Sintió, pensó, escribió lo que sintió y pensó, y produjo sin mas sus ricas, sus vaporosas, sus místicas canciones. Léanlas los que temen que esa poesía, por decirlo así, *concreta* no ha de producir una sensación general en los hombres de todos los siglos y de todas las naciones; léanlas, y digan con la mano en el corazón si no se sienten conmovidos á pesar de su incredulidad, á pesar de su mas decidido ateísmo. Se espiritualiza uno á cada verso que recita, á cada estrofa que concluye. Va leyéndolas y siente por momentos acallarse la voz de sus pasiones y serenarse el alma. ¡Qué belleza, qué suavidad, qué grato perfume el de todas estas poesías!

¿Deberemos ahora examinarlas é ir indicando uno por uno sus defectos? Deberemos señalar una por una sus incorrecciones de lenguaje, sus vulgaridades de elocución, sus pasajes oscuros, sus versos débiles, sus faltas de sentido? Esta ocupación es solo digna de una crítica mezquina que censuraremos siempre con merecida severidad: la verdadera crítica no debe recaer nunca sino sobre el espíritu de las composiciones que sujeta á juicio. ¡Críticos materialistas! ¿no os da hasta vergüenza cuando, al coger á un autor del temple de SAN JUAN DE LA CRUZ, no sabeis denunciar sino faltas de pura forma, faltas de detalle?

Escribió también SAN JUAN DE LA CRUZ en buena y muy castiza prosa. Conociendo cuán difícil era que los demás penetrasen en toda su intensidad la significación de sus canciones, compuso para la inteligencia de las tres principales otros tantos comentarios, y estos con algunas máximas y cartas, constituyen la segunda y la mas larga parte de sus obras. Son estas ya, no solo el fruto de sus exaltados sentimientos, sino el de sus vastos estudios y profundas meditaciones teológicas; estudios y meditaciones cuyos resultados dieron lugar en su mismo siglo á impugnaciones ardientes y á brillantísimas defensas. No se contentó en aquellas el autor con desflorar cuestiones; entró en el fondo de la dificultad, y la arrolló no pocas veces con una fuerza de raciocinio nada ordinario ni aun en los mas aventajados autores de aquella época. Quedó comunmente inferior á

santa Teresa, cuya capacidad intelectual era tal vez la mas grande que á la sazón se conocía; quedó también inferior á Granada, cuya ejercitada razón no encontró casi nunca obstáculo que bastase á detenerla; mas en algunos puntos se puso al igual, y en otros excedió á esos mismos escritores.

Quedó comunmente inferior á los mencionados prosistas, no solo en las ideas, sino también en el lenguaje y en el estilo. Es lánguido, es incorrecto, es descuidado en la frase, es monótono en sus frecuentes apóstrofes, es desigual en sus periodos, es poco armónico en la combinación de sus palabras, tiene, al fin, faltas gravísimas; pero les aventajó por otra parte á todos en cuanto depende mas ó menos directamente de la energía y vivacidad del sentimiento. ¡Qué bella y animada no es su expresión en la pintura de las cosas celestiales! ¡Qué delicado en esos rasgos de amor con que retrató su incesante aspiración al cielo! ¡Qué magnífico, qué elevado en esos pasajes donde pretende descubrir esa misteriosa relación que hay entre nuestra alma y el alma universal, el Dios del mundo! No se arrebató, no tiene transiciones bruscas, no se remonta de un solo vuelo á la mas alta región de los espíritus; pero está casi siempre encantador, sublime. Llena entonces sus cláusulas de hermosas imágenes y vivísimas figuras, y nos hace olvidar de repente la negligencia de su estilo. Encuentra entonces hasta un nuevo lenguaje, y nos sumerge en un mundo completamente nuevo, en un mundo de las mas puras y bellas sensaciones.

Fué SAN JUAN DE LA CRUZ un escritor eminente; pero fué mas que todo hombre de sentimiento, y nunca estuvo mas grande, así en la prosa como en el verso, que cuando la naturaleza de los asuntos que tuvo que tratar le permitió ser poeta. Leed á SAN JUAN DE LA CRUZ, y veréis si es acertado el juicio.

JUICIO CRÍTICO SOBRE LA MAGDALENA, DE FRAY PEDRO MALON DE CHAIDE.

FRAY PEDRO MALON DE CHAIDE no era uno de esos autores á quienes fatiga la comezón de escribir, pues no compuso, ó cuando menos, no dió á luz sino la obra que á continuación publicamos; mas es para nosotros indudable que si tomó la pluma, fué mas por ostentar sus galas de lenguaje y brillantez de estilo que por encender en las almas la llama de la caridad cristiana. Lo decimos, no porque en su *Magdalena* dejen de quedar defendidos con energía los principios fundamentales y los preceptos mas sublimes del Evangelio; que pretende, por lo contrario, imponer con una fuerza de lógica admirable, sino, porque tanto en el prólogo como en el cuerpo del libro, apenas encontramos una página donde no descubramos grandes esfuerzos para aparentar gusto y soltura en el modo de revestir de bellas formas las ideas, y sobre todo, en el manejo de la lengua. Cuenta él mismo que se le habian hecho graves cargos por haber escrito de cosas sagradas en romance; y es hasta cierto punto natural que para contestar mejor á sus acusadores llevase como principal objeto el de hacer ver por sus propias obras de cuánta nobleza y dulzura era susceptible el idioma que tan injustamente desdeñaban. Escogió afortunadamente por asunto uno de los que mas se podian prestar á su, si no loable, disimulable intento. Una mujer de rara hermosura, como Magdalena, que, después de haber agotado las mas impuras copas del deleite, trocó el amor humano por el divino, y no se cansó de verter lágrimas con que borrar sus manchas, habia de dar fácilmente ocasión á largas y pomposas descripciones, á contrastes de efecto, á figuras atrevidas, á observaciones tranquilas y ataques violentos, á una diversidad de sensaciones y de afectos capaz de revelar en toda su extensión la flexibilidad de una lengua que, aunque no muy cultivada, se sentia ya con fuerzas para seguir en todas sus ondulaciones la razón y el sentimiento. Tomóla MALON por fondo de su libro, siguióla en sus tres estados de pecadora, conversa y santa, y dejó, como tal vez deseaba, un verdadero monumento literario.

Es de ordinario MALON mas vehemente que apasionado y tierno, mas fuerte y vigoroso en reprehender lo malo que entusiasta en elogiar lo bueno, mas terrible en la réplica que en el mismo ataque. Tiene pasajes llenos de calor y movimiento, en que apenas cabe seguirle. Las ideas abundan en ellos y se precipitan, las palabras pueden difícilmente contenerlas; y se siente uno, no solo movido, sino arrebatado. Véase con qué entereza no habla ya en el prólogo contra los libros de caballerías, contra la novela en general, contra los que miran con menosprecio el romance, con-

tra los oscurecedores de la verdadera moral, contra los críticos. Afirma, interroga, niega, pasa de la gravedad á la ironía, apela hasta el sarcasmo. Coge el objeto de sus iras y lo estruja entre sus manos: no tiene perdón para él, no tiene piedad, no pronuncia siquiera una palabra de consuelo. Declárase en la primera parte de su libro contra los trajes lujosos, y se dirige principalmente á la mujer, á quien aqueja más el deseo de obtener vanos aplausos; es notable el otro pasaje, pero no menos este, donde es tal la copia de imágenes y lo rápido y cortado de la frase, que nos sentimos, cuando menos por instantes, envueltos al parecer en un raudal torbellino. «Supon, viene á decir á la mujer, que engalanada y llena de joyas te subiesen á un tablado en medio de la plaza pública; y allí, bajo las miradas de todo un pueblo que ha sido testigo de tu esplendor y tu hermosura, fueses despojada de todos tus vestidos y de todos tus adornos, raida en tu cabeza, afeada en tu rostro, cubierta de jerga, ataviada por todo atavío con un cinturón de esparto; ¿qué no te quejarías, qué no suspirarías, qué llanto no derramarías al ver cambiadas en fealdad tus gracias; al sentirte objeto de repugnancia, tú, que poco antes cautivabas las almas con un solo rayo de tus bellos ojos! Pues estas de continuo expuestas á perder todo ese tesoro que contigo llevas, lo has de perder, mas que ahora no lo veas, por la ceguedad de tus pasiones. Viste con modestia, y no quieras exponerte nunca á tan grande afrenta si hay todavía un resto de pudor contigo.»— Es incisivo, es mordaz, es implacable cuando se propone hacer estremecer á los que á sus ojos gimen aun en la esclavitud del vicio; tanto, que algunas veces, olvidándose del tono en que escribe y de la naturaleza de su libro, no solo los acomete con un ardor exagerado, los desprecia, los insulta, desciende á vulgaridades que empañan y manchan sus mejores páginas. Léase por entero el párrafo treinta y dos, y véase si cabe ya en las primeras columnas más energía ni más nobleza, poco después más impropiedad ni más barbarie.

Estaba dotado MALON DE CHAIDE de una imaginación brillantísima y fecunda; y era principalmente esta fuerza de imaginación la que le hacía caer en estos y otros gravísimos defectos. Presentaba muchas veces rasgos á cual más sublimes; pero otras, por el deseo de parecer grande, se hacía pueril y hasta ridículo. Realzaba no pocas con la belleza y majestad de la expresión los pensamientos más comunes; pero no pocas también rebajaba con lo trivial de la frase ideas grandiosas y de mucha trascendencia. Salpicaba á menudo su estilo de bellas y elocuentes imágenes; mas no menos á menudo desleía sus mejores conceptos en un océano de palabras completamente inútiles. Empleaba al lado de ricas y animadas metáforas, violentísimas hipérbolos; al lado de sólidas y poderosas razones, sutilezas escolásticas; al lado de descripciones cortas y llenas de vida, enumeraciones fastidiosas y prolijas; al lado de pensamientos de una sencillez admirable, ideas exageradísimas y absurdas. No fué seco ni aun en la versión de sus más estériles concepciones; pero fatigó, en cambio, por la excesiva é inoportuna abundancia de sus adornos, más poéticos, rigurosamente hablando, que oratorios. Llevábase su incesante deseo de florear el estilo á frecuentes repeticiones, á antítesis afectadas, á varios juegos de palabras, á expresiones retumbantes y faltas de sentido, á proposiciones tan ingeniosas como falsas, á una perversion de gusto que le hizo al fin confundir la galanura con la majestad, y la fuerza de las palabras con la que da de sí la precisión en el modo de traducir la idea; y ya que hubo entrado en tan errada senda, no supo ni pudo, ni era posible que pudiera, prescindir de mezclar incesantemente las mayores aberraciones con bellezas inimitables, con bellezas tal vez de primer orden.

¿Qué significa, sin embargo, que tuviese estas viciosas cualidades? ¿Podemos hacerle por ellas un cargo especial? ¿No es en cierto modo propia de la índole de nuestros grandes escritores clásicos esa extraña unión de bellezas y defectos? Los grandes ríos son los que más fácilmente se desbordan; ¿sería justo que aun en medio de sus más espantosas invasiones no recordáramos los días en que sus tranquilas aguas han cubierto de frutos y flores las orillas? Esos defectos, defectos los más de pura forma, no deben retraernos jamás de leer las obras que los contienen. Léjos de perjudicarlas, les comunican á veces un claro-oscuro que, sobre poner más en relieve las buenas dotes del autor, dan más elevación á las ideas que constituyen el fondo del conjunto; y aun cuando así no fuera, no podríamos creer nunca que se los pudiese calificar de imperdonables en autores que, como MALON DE CHAIDE, han escrito páginas llenas de nervio y de poesía.

Hemos dicho ya, casi desde un principio, que era nuestro autor menos tierno que vehemente; mas no se entienda por esto que le neguemos absolutamente esta segunda cualidad, revelada de una manera nada común en los lugares en que pintó á su heroína regando con sus lágrimas los pies de Jesucristo, al Salvador derramando palabras consoladoras sobre aquel triste corazón he-

rido por el remordimiento, á la pecadora recordando con melancolía ese tiempo en que era su hermosa objeto de escándalo para cuantos no ardían en el fuego abrasador de la lujuria. MALON DE CHAIDE era, aunque de un carácter decididamente enérgico, bastante flexible para interpretar todo género de pasiones y de sentimientos; y no es solo digno de atención en determinados parajes de su libro, lo es aun en aquellos en que menos ostenta las raras dotes de su ingenio. No solo ha escrito en prosa: ha escrito también en verso dos canciones que van incluidas en su misma *Magdalena*; no hay más que leerlas para comprender que si no tenía la flúida y culta dición de sus contemporáneos, componía con sentimiento y sabía esparcir á manos llenas sobre sus quintillas imágenes verdaderamente poéticas, figuras encantadoras y sublimes. Obsérvanse por estas canciones entre él y san Juan de La Cruz algunos puntos de contacto: observación que basta á nuestro modo de ver para que no nos desdeñemos de colocarle entre nuestros buenos poetas.

Es un escritor verdaderamente notable MALON DE CHAIDE; y lo confesamos francamente, sentimos un vivo placer por habernos ofrecido ocasión de dedicar á su olvidada memoria estas cortas y modestas líneas ¹.

CUATRO PALABRAS SOBRE FRAY FERNANDO DE ZARATE.

Incluimos en el mismo tomo de las obras de san Juan de La Cruz y las de Malon de Chaide el tratado de la *Paciencia cristiana* de FRAY FERNANDO DE ZARATE, no precisamente porque medie entre este y aquellos afinidad literaria, sino porque, tratando todos de asuntos místicos, tiene el último un estilo muy distinto del de los primeros. ZARATE es también uno de los que mejor han escrito en lengua castellana; mas se separa tanto de la nebulosidad y misterio de san Juan de La Cruz y de la valentía de Malon de Chaide, que, mas bien que su contemporáneo y coautor en el género sagrado, parece su decidido antagonista. No que no reúna, como ellos, la erudición y gravedad que requiere la naturaleza del argumento, pues suelen ser tantas las citas en que apoya sus proposiciones y tanta la abundancia de los ejemplos, que solo por esta razón viene á hacerse algo lánguido y pesado; mas, libre de toda clase de pretensiones, buscó ante todo ser natural y claro; cualidades de que aquellos, si no huyeron, hicieron, cuando menos, muy escasa estima. Amaba La Cruz remontarse al cielo y hablar el lenguaje abstracto del espíritu; Chaide, calentar su imaginación y volar á las elevadas regiones de lo grande y lo sublime, y ZARATE desarrollar lentamente y hasta donde cupiese todas sus ideas, bajar al nivel de las inteligencias más humildes, explicarles la eficacia de los trabajos que Dios envía, con las palabras más en uso.

Llevaba á tal extremo ZARATE su deseo de hacerse aceptable á todos, que muchas veces no era ya natural, sino bajo y hasta vulgar, permitiéndose, no pocas, expresiones trivialísimas, que no pueden menos de rebajar á los ojos del lector la importancia del objeto á que fueron aplicadas. *Ni grado ni gracias* pone en boca de Satanás hablando á Dios de Job; y «vi en lugar del juicio, impiedad, que es atreverse á Dios á las barbas», hace decir á san Pablo. Estas y otras frases, como la que atribuye al mismo Apóstol, «que me maten si no ha de haber día en que se ponga cada cosa en su lugar,» no abundan afortunadamente; mas son ya tan malas y de tan mal efecto que bastan para turbar la fácil belleza de su estilo, casi siempre igual, despejado y libre de incidentes y partículas, aunque no por esto dotado del calor y precisión que echamos y debemos echar menos en algunos de sus más pálidos pasajes.

Reunía ZARATE en cambio un lenguaje muy castizo si no muy correcto, una gran sobriedad de adorno, una felicidad notable en el uso de las comparaciones y metáforas, gracia y armonía en la composición de sus períodos, acierto en las transiciones y en la gradación ó degradación de sus ideas: prendas todas que, unidas á la uniformidad de tono en que está escrito el libro, hacen de la *Paciencia cristiana* una de las mejores obras donde sea posible estudiar la altura á que había llegado en el siglo xvi el habla castellana, la tensión de que era esta capaz, el vuelo que iba y po-

¹ Nació FRAY PEDRO MALON DE CHAIDE en la villa de Cascante, obispado de Tarazona, por los años 1530. Fué religioso de la orden de San Agustín, catedrático de sagrada teología en Zaragoza y Huesca. Hizose la primera edición de su obra en Alcalá el año 1592, otras dos en la misma ciudad, años 1598 y 1603; otra en Barcelona, año 1598.

dia ir tomando nuestra oratoria sagrada, el camino que mas conviene seguir para expresar propia y sencillamente nuestros mas altos y dificilísimos conceptos.

No escribió ZÁRATE mas obras, y viene, sin embargo, ya desde su tiempo gozando de gran nombradía entre los autores clásicos: no creemos necesario decir mas para que se entienda y reconozca la excelencia de la que publicamos ¹.

¹ Nació FRAY FERNANDO DE ZÁRATE en Madrid. Fué religioso de la órden de San Agustín, catedrático de sagrada teología en la universidad de Osuna. Hizose la primera edicion de su obra en Alcalá el año de 1595, la segunda en Madrid el año de 1597.

OBRAS

DEL

BEATO PADRE SAN JUAN DE LA CRUZ.